

da y trágica, enfrascada en brujerías y alcohólica—, empezaba a sacudírmela. Con el marido, el capitán José Javier, mantuvimos unas semanas de agradable amistad. Conocía con precisión la táctica militar. Y me explicaba batallas, la de Zama: en la arrasada llanura del Africa tunecina el joven Escipión mandaba menos de 40.000 hombres, por unos 50.000 encuadrados a las órdenes del maduro Aníbal. Este tenía en primera línea los elefantes, más de 80, los que azuzaba contra el enemigo, debilitándole al desbaratar su formación las amazotadas bestias. Luego situó a los mercenarios, los abruptos honderos baleares entre ellos —soy mallorquín, la cosa me divertía—, y a los salvajes aliados africanos. Formaban la retaguardia los cartagineses, los suyos con la piafante caballería cubriendo las alas del ejército todo. Y sonó la trompeta de ataque. Tanta, que a su descomunal sonido la mitad de los elefantes se desbocaron, retrocediendo sobre el ejército de Aníbal y provocando una aplastante confusión, mientras el resto de los paquidermos se escurría inofensivo por los pasillos que los romanos, según la táctica articulada por Escipión, iban abriendo a su paso. A la par, la caballería de Roma, entre la que formaba la muy sagaz de un rey africano, Mesinisa, que había traicionado a Cartago, aprovechó la confusión de los elefantes para caer sobre la caballería cartaginesa, a la que pronto puso en fuga. Mientras, los mercenarios de Aníbal, el zumbido de las mortales pedradas de los baleares, se enfrentaban a la infantería de Escipión, a la que cubría y jaleaba la retaguardia romana, cuando la retaguardia cartaginesa quedaba inmóvil en su sitio, dejando solos a sus mercenarios. Y fueron éstos, entonces, rechazados por un compacto frente. Creyéndose entonces abandonados por los suyos, se volvieron atrás, con lo que la retaguardia de Cartago les atacó para obligarles a luchar de nuevo, enzarzándose así ambos cuerpos militares en una frenética degollina... Los montones de muertos, 20.000 cartagineses por 1.500 romanos, se ponían pegajosos a medida que la sangre se secaba.

La última vez que vi a Aurora fue también en un restaurante, bueno, en uno de esos establecimientos de platos combinados. Se comía unos huevos fritos, muy deshechos y fríos e inverosímilmente carmíneos, que le habían empapado unas patatas blanduzcas, gordotas, y tenía a su lado una lívida naranjada. Fumaba sin cesar. Un poco embarazado no sólo porque la había dejado, sino también porque lo había hecho con distraída precipitación, me senté un rato a su lado, tomándome un café. Tenía ella el pelo y la piel ajadas, despedía un desangelado tufo como a hibridez. Me habló con simpatía, me contó con entusiasmo el caso de unos niños sin escolarizar del proletario Hospitalet, en las inmediaciones de Barcelona, que salía profusamente en los periódicos y que llevaban en el despacho de Aurora de abogados sindicalistas o marxistas. Yo asentía. Santa Inocencia... Aunque es verdad que todos nos defendemos de la adversidad con las sustituciones que podemos. Jesucristo ya pretendía iluminar al hombre martilleándole a parábolas.

Hacia tiempo que Aurora se había separado de José Javier. Pero no puedo determinar si ese día del restaurante, ETA ya lo había tumbado a él de un tiro en la nuca, teniente coronel quizá de Mondragón. Vi su cadáver por televisión, había engordado

muchísimo y ostentaba un grueso bigote. Resultaba paradójico que la España de la democracia hubiera sido la de su tragedia: si el etarrismo le quitaba la vida, el catalanismo se la había amargado cepillándole a su esposa. Porque yo me había hecho amigo suyo según indicaciones de mi grupo, fervoroso y clandestino en la preparación de una Cataluña libre de las dictaduras franquista y españolista. Uno de nuestros planes consistía en acaparar información militar para cuando llegara el hipotéticamente ineludible momento del gran Salto o Asalto. Lo de mi encoñamiento con Aurora frustró el plan. De ella me excitaba hasta marearme ver cómo, vuelta de espaldas, levantaba y movía ávidamente la grupa. Aunque era muy delgada y los pechos le pendían, lacios. Sin embargo, no iría mal tenerla ahora para un rato...

Pero ahora encajo con calma la imposibilidad de tener una mujer cuando inopinadamente culebrea en mis entrañas la llamada de la selva. Y no es que con la edad el deseo disminuya, sino que adquiere el zorruno aprendizaje de la selección y de la espera. Además, la camarera es jovencísima, y un rubiales de la vikinguería la estaría aguardando. Poco debía importarle un extranjero cincuentón, con esa apariencia un poco turbia, de mestizaje, que tenemos los latinos. Mi barba canosa, ese ojo bizqueante que me sale con el cansancio. Creo que lo único que le ha hecho gracia de mí ha sido el paraguas. Por señas me ha dicho que vivía junto al almacén donde lo he comprado, en la calle mayor de Elsinor, con sus puntiagudas casa de nítidos colores y techos oscuros. En una de ellas debieron de vivir Morten de Coninck y sus hermanas, según las cuentas y el cuento de Karen Blixen, sus evanescentes enigmas románticos, Morten a bordo de *La Bella Elisa*, la bandera negra y el abordaje en los trópicos, y aquella última noche cuando estallaron los hielos del Estrecho de Sund y Morten regresó solemne y angustiado a la eternidad... Oigo la espaciada lóbreguez de las sirenas de los barcos, con su sordo navegar entre estas accidentadas costas de Suecia y Dinamarca.

Pero lo dicho: si ahora muriese, esta tonta retahila habría llenado mis últimas horas. El paraguas, lo tiraré al irme. ¿Dónde me presento yo con él, si pareceré un payaso? A veces me domina una avaricia tan cretina que me induce a escoger lo peor. Esta calefacción, a toda, me dará más sed. Voy a dejar una botella de agua mineral junto a la cama, porque si despierto y tengo que ir a la nevera me despabilaré con el tráfago y soy capaz de estarme dos horas sin pegar ojo.

Baltasar Porcel

«...entre las ruinas de mi inteligencia»



Jaime Gil de Biedma
(Manila, 1956)